

JUICIOS PARA TODOS LOS PUBLICOS

CALLEY Y MANSON

Hay juicios de vez en cuando que, por las consecuencias e implicaciones que tienen, por sus contenidos ideológicos, por lo que en ellos se juzga o por su carácter "ejemplar", merecen la atención de todos. Por eso me he lanzado a medio-plagiar un titular recientemente aparecido en otra revista y he llamado a esto "Juicios para todos los públicos".¹

De un tiempo a esta parte, la prensa ha reflejado en sus páginas una serie de juicios trascendentales: juicios con condenas a cadena perpetua, a muerte... y preferentemente de países comunistas.

Los procesos que, días atrás, llenaron las páginas de los periódicos no han sucedido, sin embargo, en ningún país comunista, sino en ese país "super-todo" que son los Estados Unidos. Se trata de dos juicios de esos que considero ejemplares: el de Charles Manson y sus tres discípulas, y el del teniente William L. Calley. Dos juicios muy distintos en su contenido, en su desarrollo y en la reacción popular. Pero dos juicios a los que ningún público debiera sustraerse.

Una respuesta dócil y otra agresiva

He leído en los periódicos que el teniente de My Lai escuchó la sentencia en actitud marcial, con entera corrección y aceptó la sentencia "como corresponde a un militar

U.S.A.". A Manson y a sus compañeras hubo que expulsarles de la sala.

Las dos reacciones resultan perfectamente coherentes. La de un soldado que —en su conciencia— cumplía con un deber, la de un hombre al que se educó en la disciplina férrea y se le llevó a jugar-se la vida... no podía ser otra: la sentencia dictada hay que acatarla.

Manson, que no cree en la sociedad que le juzga, que la desprecia hasta los demenciales extremos que conocemos, no debe irritar a nadie por su reacción; es la esperada.

Parece, con todo, que las dos reacciones están cruzadas: ¿No era más justo que, como arguye con su actitud el pueblo norteamericano, Calley se rebelase? ¿No hubiese sido más verdadero que Manson pidiese clemencia?

He dicho más justo y más verdadero, porque ya digo que no lógico: Calley y Manson representan en nuestra sociedad los dos polos opuestos en cuanto a formas de vivir, en cuanto a comportamientos lógicos se refiere. El uno, disciplinado hasta la muerte, sometido a la lógica de las jerarquías. El otro, rechazando precisamente esa lógica, luchando contra los principios instituidos, a la caza de un nuevo tipo de libertad (libertad, claro está, utópica y falsa, pues ya digo de polo extremo se trata. Actitud demencial, dije antes y lo repito ahora).

1. "Hechos y Dichos", Mayo, 1971.

Comentarios

Uno siente por un momento, sin embargo, la tentación de pensar que Manson es más humano que Calley: se rebela contra la muerte, contra la sentencia (su reacción ante los tribunales es bastante consecuente en él), mientras el otro acata. La sangre fría de Calley (que tiene más que hartas razones para protestar) le hace a uno ver en él a un hombre tan duro y tan sometido que, por el otro extremo que Manson, aparenta una cierta demencia. Aparente tan sólo, no lo es en realidad.

Los castigos "ejemplares"

Por si acaso y antes de "resbalar": no tengo nada contra la administración de la justicia y mucho menos contra los encargados de administrarla, que bastante tienen con resolver las papeletas en que se ven envueltos. Todos sabemos que habría muchas cosas que mejorar en este terreno, pero eso es "harina de otro costal".

Sin embargo, salvada la honestidad y el cumplimiento del deber de quienes se encargan de la justicia, no quisiera pasar por alto algunos pormenores.

Me sorprendió, por ejemplo, la fotografía que publicaron algunos periódicos de Manson y sus compañeras, cabeza rapada y mono azul (me sorprendió, no por los periódicos, sino por quienes les raparon la cabeza); me sorprenden, junto a ello, los terribles deseos de condena a muerte que muchas personas expresan contra ellos; me sorprende el trato un poco bruto con que suelen enfrentarse estas situaciones.

Trataré de explicarme mejor. Hacer justicia no debe ser hacer venganza. Y, algunas veces, da la impresión de que, aunque sea inconscientemente, los castigos de nuestra sociedad llevan todavía dentro la expresión del "ojo por ojo..." o algo parecido.

Los castigos ejemplares pueden ser buenos, pero hay ejemplos a veces que provocan reacciones opuestas a las deseadas. Es evidente que un maniaco es un peligro para la sociedad; pero si a nuestra, ya de por sí, egoísta manera de ser, que tiende a eliminar lo que le asusta o le molesta, se va enseñando a suprimir, incluso con cierto regusto, lo que le fastidia, es posible que un día nos suprimamos todos: porque, a decir verdad, un poco molestos nos resultan todos, ya que, como uno, sólo uno mismo piensa.

Vuelvo a subrayar que con Manson había que tomar medidas de justicia. Lo que señalo ahora es que las medidas deben ser de justicia, sin mezclarse en ellas ciertos regustos de temperamento fascistoides. Y, al decir esto, me refiero a comentarios de ciertas prensa sensacionalista que, con sus ejemplares justicias, con sus brillantes páginas sobre horripilantes conductas criminales, más que educar al ciudadano modelo, fabrican esos niños que al día siguiente saldrán en sus mismas páginas con un rotulito: "MATO A SU HERMANO DE CINCO MESES, PORQUE LLORABA MUCHO".

Me refiero también a los castigos nada humanos o a los tratos de los penales que dejan que desear. Me refiero a esa pena de muerte (parece que en los civilizados Estados Unidos, 618 personas esperan la confirmación de la suya por el Tribunal Supremo), que no acaba de ser desterrada de las leyes de muchos países.

A las gentes "justicieras" que van en los autobuses, hacen colas en las taquillas o beben tinto en las bodegas, debería dárseles un cursillo de "fobias" y "filias" o aplicárseles un test de fascismo, que no es raro que en nuestro interior, al condenar a a muerte aunque sea a un sádico asesino, estemos quitando de en me-

dio eso que nos molesta o da miedo y encima con el mismo sadismo utilizado por nuestro reo.

Pero dejemos a Manson, cuya actitud, desde luego, es difícilmente defendible. Lo de su vida, ya digo, es otra cosa.

¿Quién está en el banquillo?

Decir que en Manson estamos representados todos, que de su culpa nuestra sociedad tienen mucha responsabilidad, es ya demasiado tópico y demasiado estirar las cosas.

Al hablar de él he dicho que ciertas actitudes del público, de la justicia y de alguna prensa me sorprenden, aunque las vivo muy a diario, más que nada, porque indican un nivel cultural todavía muy escaso. Pero el caso de Calley no me "sorprende"; el caso de Calley me exaspera.

En el banquillo de Calley sí que se sientan muchos hombres de nuestra tierra y eso es lo intolerable, porque ese banquillo debiera estar ocupado por los que, condenando a Calley (no me refiero, otra vez, a los jueces), salvan el honor de su política, de sus gloriosas instituciones, de su ejército... Alguien ha dicho que "el ejército U.S.A. está dispuesto a no hacerse cómplice de esos crímenes, aunque tal actitud no sea popular. Su limpia hoja de servicios vale más que la suerte de algunos de sus oficiales". Desde luego, tener limpia una hoja a base de trasladar las manchas a las de sus oficiales no es difícil.

Lo que no será demasiado fácil, vista la reacción popular, será que el Presidente Nixon baile en la cuerda floja de la "clemencia", por un lado, y el mantenimiento de la impopular guerra de Vietnam, por otro, al menos, con demasiada gloria. Y si esto sucede, desde luego, hay poco que esperar de las reacciones críticas del pueblo norteamericano.

¿Por que no se sienta de una vez en el banquillo a los responsables verdaderos de la matanza de My Lai? El pueblo de Estados Unidos podría jugar en este juicio un baza decisiva contra la guerra de Vietnam. Si se dejaran acallar sus voces por una clemencia del Presidente, habrían sido muy humanitarios con Calley, muy poco con los muertos de My Lai (como algunos arguyen en favor de la condena del teniente americano) y desde luego nada políticos, nada justos, nada radicales.

Epílogo para una historia que le empujaron a vivir

Un día, como a cualquier hombre de casi todo país al cumplir cierta edad, le llevaron a los campos de tiro, le enseñaron a manejar el fusil... y aprendió a manejarlo. Luego le condenaron por usarlo.

Se podrá argumentar que Calley entró en el ejército por su propio pie, que inició libremente su carrera militar... y es cierto. Tampoco yo pretendo atacar al ejército con estas líneas. Lo que he querido expresar, en forma más o menos metafórica, es la situación de un hombre conducido a Vietnam, situado en la posición de ofensiva, con la consigna de acabar rápidamente una guerra..., al que luego se le pide que antes de disparar repase con la memoria los tratados internacionales o los principios humanitarios. ¿No está puesto ese hombre en el resbaladero de violar cualquier principio humanitario?

Cuando a un hombre se le sitúa en una absurda contextura, de por más agresiva, y con fuego en las manos, ¿se le puede pedir equilibrio? Me lo pregunto de otra forma: ¿No hay ciertas situaciones en la vida que, viciadas por su base, no pueden afrontarse con la responsabilidad que se exigiría en otro contexto?

Comentarios

El fiscal ha dicho: "El teniente Calley dice que cumplió con su obligación. Al decir tal cosa se degeneran todos los principios humanitarios que sostiene esta nación, se degenera la verdadera misión del soldado estadounidense". Realmente, uno tiene la sensación del soldado que exclamó: "Tenían que culpar a alguien y lo eligieron como cabeza de turco".

El uso del napalm, la quema de aldeas enteras, los exterminios masivos, las directrices que se dieron desde el comienzo de la guerra (tales como las operaciones de "búsqueda y destrucción", disparar contra todo lo que se mueve en las zonas declaradas de "libre-tiro"... , etc.), parece que entran en contradicción con los principios humanitarios de cualquier país (supongo que también con los de Estados Unidos) y, desde luego, con la posterior exigencia de responsabilidades a los militares del grado de teniente, por ejemplo, sometidos a obediencia.

Es posible que Bailey, el abogado del capitán Medina, dé trabajo a los jueces. Este quiere tirar de la manta, poniendo en claro la contradicción existente entre las consignas dadas y la exigencia de responsabilidades.

Una historia con "truco"

DOPESA ha publicado un interesante testimonio sobre la guerra Vietnamita. Se trata de un libro titulado "Hablan los desertores del Vietnam", en el que se recogen entrevistas realizadas a diversos desertores norteamericanos que viven en la actualidad en los países escandinavos.

"Nos enseñaban —dice uno— a torturar prisioneros. Daban las clases los sargentos, participando, de vez en cuando, oficiales. Se nos describían y explicaban muchos sistemas: aplicar electrodos a los genitales, arrancar uñas, meter una ca-

ña de bambú entre las uñas o en los oídos, métodos especiales para las mujeres, arrojar prisioneros desde helicópteros... , etc. En una ocasión cogieron a un prisionero y ataron sus brazos y piernas a dos helicópteros distintos. Los pusieron en marcha y lo descuartizaron".

"Hice prisionero a un muchacho de diecisiete años —atestigua otro— Le herí en una pierna. Lo curaron y luego lo interrogamos. Durante el interrogatorio le quitaron el vendaje de la pierna y con punta de fusil le hacían sangrar la herida. Como no hablaba le hicieron con la bayoneta una herida más profunda que la que le había producido la bala. Le cortaron los dedos de las manos, le dislocaron los huesos y le hirieron con un cuchillo en la cara, estómago, manos, piernas, brazos, haciéndole sangrar. Después de tres horas le dispararon un tiro en la cabeza".²

Una sospecha bastante fundada nos hace pensar que a Calley le han hecho ocupar un banquillo que no era para él. La guerra de Vietnam y ciertos abusos en ella cometidos comenzaban a irritar a la opinión pública; había que ofrecer una reparación al pueblo, que tocase a los responsables, pero sin hacerles daño. Lo malo es que la conciencia de ese pueblo es lo suficientemente hábil como para descubrir que ahí hay truco: truco en echar las culpas a quien no las tiene fundamentalmente, aunque es representativo de un estamento que puede aparecer como culpable.

¿Puede extrañar que en el futuro se intensifiquen las negativas para ir a la guerra, las objeciones de conciencia para hacer el servicio militar? Hasta ahora la objeción de conciencia consistía en negarse a ir a la guerra por no querer matar a los

2. Estos testimonios tienen en su contra el proceder de unos "desertores". Calley no parece corroborarlos. N. de la R. de "ECA".

demás; en adelante puede cargar con la responsabilidad de algo que le empujaron a hacer.

De todas formas, de una guerra no se pueden esperar flores, a no ser para las tumbas. Esta es la situación absurda y querer culpar a otros es hacer una comedia. Si alguien espera una guerra donde nadie muera o donde se hace justicia, donde se procede humanitariamente, ese alguien es de los que todavía creen en una especie de "guerra santa", en la que los disparos no hieren y la sangre, como en las películas, es pintura roja. Una guerra como la de Vietnam es absurda, se mire por donde se mire; que cargue él con las consecuencias y no se las impute a sus súbditos.

La reacción popular

Reacciones ante estos hechos las hay para todos los gustos. Los hay que, humanitarios ellos, matarían a Calley dolidos por los vecinos de My Lai asesinados despóticamente. No se dan cuenta de que así lo único que habría es un muerto más en la larga serie. No son conscientes de que así hacen descansar su afán de

justicia sin atinar en el centro de la diana.

Los hay que tan sólo sienten pena por la condena del joven teniente americano. Y tal actitud, muy humana, nos parece demasiado sentimental, demasiado poco justa en relación a las víctimas de My Lai y, en definitiva, insuficiente.

Hay otros que, en mi humilde opinión, han dado en el blanco. Ellos al pedir clemencia, no defienden la matanza de My Lai, no dicen que Calley no tenga responsabilidad. Ellos piden que se juzgue al verdadero culpable. Ellos son la pequeña esperanza de que este juicio "traiga cola", de que no "cuele" así como así la posible clemencia del Presidente que "eche tierra" sobre los abusos cometidos en Vietnam.

Hay una reacción que no debe ser fácil de digerir para los verdaderos responsables de esta guerra y que resume en pocas palabras lo discutido de este proceso. Es la actitud que desmiente la sospecha de que el teniente sea inhumano: Calley pidió clemencia, no para él, sino para los futuros soldados americanos.

Francisco García de Paso